



Fermín H. Sandoval

Los *escritos* en la pared

Colección "TAHUANDO"

58
2008

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Fermín H. Sandoval



Los *escritos* en la pared

Colección TAHUANDO N° 58

Ibarra, 2008



Fermín H. Sandoval.

Aloasí, 1970

Profesor de Religión y Moral, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, España. Licenciado en Ciencias Eclesiásticas, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, España. Licenciado en Teología Moral y Espiritual Facultad de Teología, Universidad de Navarra, España.

Miembro de Número de la Casa de la Cultura Benjamín Carrión, -Núcleo de Imbabura; Miembro de Número del Instituto Otavaleño de Antropología; Miembro IOV (Organización Internacional del Arte Popular), Austria.

Columnista Diario La Verdad, Ibarra y colaborador entre otras publicaciones de Letras de Imbabura, de la Revista Imbabura (Ibarra), Revista Curiñan, Sarance (Otavalo) y La Casa, Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión (Quito).
Editorialista de www.otavalovive.com.

Publicaciones:

DIVAGACIONES, Ediciones Sisa, Otavalo, 1997 (agotado). EL POEMA DE XABIER, Cuentos de la Tierra, Ediciones Sisa, Otavalo, 2000 (dos ediciones). EL HORNO DE PAN, Cuentos, Ediciones Sisa, Otavalo, 2001 (dos ediciones, agotado). EL ESPECIAL, Cuentos premiados bienal Pablo Palacio, Quito, 2001. (Mención de Honor

Bienal del Cuento Pablo Palacio). LA VENTANA, Revista Imbabura, Casa de la Cultura, Ibarra, 2001. EL LIBRO DEL ÁNGEL, Poesía, Casa de la Cultura y Ediciones Sisa, Otavalo 2002. TRES POETAS, Cuadernos de Cultura. Proyecto Cultural siglo XXI. Machachi, 2006. NUEVOS CUENTOS DE LA TIERRA, Dikapsa, Otavalo, 2007. GOZNES & PAPELES, ECI. Otavalo, 2007.

Filmes:

Productor: CORTOS. OTAVALO VUELTA A LA VIVA MEMORIA (Premio mejor edición Cuntur ñavi. Riobamba, 2006). Productor: IMBABURA VUELTA A LA VIVA MEMORIA (Pre-producción)

Exposiciones fotográficas:

OLLITA ENCANTADA. I Exposición Nacional Oswaldo Muñoz Mariño, Riobamba 1999. OTAVALO: AGUA Y SUEÑO. Exposición Ibarra, Otavalo, Riobamba, 2003. DANZA TEMPRANA. Arte Joven. Madrid, 2004. FRAGMENTOS AGUA Y SUEÑO. La Plástica Ecuatoriana en México. Salón de la Plástica Mexicana. México D.F., 2006. Premio Nacional de fotografía y proyectos de Turismo Cultural. Ministerios de Educación y Cultura y Turismo del Ecuador, 2003.



“La vida de un crítico es sencilla en muchos aspectos, arriesgamos poco y tenemos poder sobre aquellos que ofrecen su trabajo y su servicio a nuestro juicio. Prosperamos con las críticas negativas, divertidas de escribir y de leer, pero la triste verdad que debemos afrontar es que en el gran orden de las cosas cualquier basura tiene más significado que lo que deja ver nuestra crítica. Pero en ocasiones el crítico sí se arriesga cada vez que descubre y defiende algo nuevo. El mundo suele ser cruel con el nuevo talento”.

Antón Ego
Ratatouille (2007)

Introducción

“Escribir puede ser más tedioso que placentero, y el periodismo más una degradación que un deber. Pero escribir una columna regular sobre cualquier tema que se nos ocurra es uno de los grandes privilegios de la vida. Cuando en 1907 le pidieron que redactara un artículo semanal sobre ‘literatura y vida’ para el Evening News, Arnold Bennett comentó que era ‘la realización de un sueño que he tenido durante mucho tiempo’. Cuando a George Orwell le ofrecieron una columna similar en el Tribune, en diciembre de 1943, celebró su deliciosa libertad titulándola ‘A mi gusto’...

“...Una cosa que he aprendido es que la columna es mucho más vieja de lo que se cree. A decir verdad, es anterior al periódico. No me remontaré a la época de los romanos, aunque se podría alegar que ya entonces existían columnistas, en cierto modo. Una fecha de nacimiento más plausible es el siglo dieciséis, con Montaigne como columnista fundador y Francis Bacon como su sucesor. Claro, eran ensayos, no columnas, y no respondían a una longitud fija ni estaban destinados a la publicación inmediata. Montaigne comenzó sus Essais como una compilación de reflexiones personales, y solo años más tarde, 1580, los mandó imprimir como compilación. Los Essais

y Apthegms de Bacon tuvieron un origen similar. Pero ambos redactaban columnas en sentido de que sus reflexiones eran breves y regulares, versaban sobre ciertos temas, estaban presentados con pulcritud y eran muy legibles, y constituían una satisfactoria mezcla de conocimiento, argumentación, opinión personal y revelación de carácter. Los temas de ambos autores –las calamidades, la educación, el arrepentimiento, la conversación, los pensamientos sobre la muerte (Montaigne); y las riquezas, la juventud y la vejez, la amistad, la ambición, el matrimonio y la soltería (Bacon)– aparecen continuamente en columnas escritas del siglo veinte. Estos dos hombres experimentados e inteligentes abordaron muchos de los principales problemas que preocupaban a la gente del siglo dieciséis, y que también hoy provocan nuestro interés y desconcierto, y que todavía serán piezas del mobiliario intelectual humano mientras dure nuestra raza. Si hoy pensara escribir una columna sobre la muerte, desde luego echaría un vistazo a lo que dijo Montaigne en su ensayo Pensamiento sobre la muerte y Bacon en Acerca de la muerte. Y si estuviera escribiendo sobre jardinería releería el breve y maravilloso de Bacon Acerca de los jardines. En esos temas fundamentales, nada cambia demasiado en cuatro siglos o, sospecho, en cuatro milenios. Y me gusta pensar que Montaigne y Bacon miran por encima de mi hombro –aunque con expresión desconcertada, irónica e incluso levemente desdeñosa– mientras redacto mi columna ante mi escritorio.”

Las magistrales palabras de Paul Johnson usted puede seguirlas leyendo en el artículo El arte de escribir columnas.

Por mi parte debo precisar, a despecho del parecer de algunos, que no me importa el ser conocido o supuestamente leído; después de varios años de apreciar los movimientos intelectuales en nuestro medio, puedo escribir una contrarréplica que jamás alguien oirá o pondrá atención, porque al medio la generación anterior la convirtió en erial y paja. No escribo para ellos ¿para qué? Puedo romperme la crisma y no conseguiré nada. Pero escribiré, y no porque piense recibiré, alguna vez, el premio de los grandes, sino porque me enferma ser parte de los sigilosos, ladinos y zalameros. Por otro lado, coincido con la crítica de la crítica del misterioso y ficticio señor Ego.

Fermín H. Sandoval

Comencé a escribir... Cada uno de los escritos los tipié en una vieja olimpia de tipografía diez con serifs finos, triangulares y cóncavos; enrollé los canutos y los introduje en las hendiduras de una pared. ¿Quién los leerá? La pregunta cedió al silencio, y después de muchos años o tal vez pocos, cuando los encontraron se les ocurrió ordenarlos de la forma siguiente:

Primero: El papel en blanco

El sentimiento de disponer de un tiempo nuevo de vida es el que deambula durante los días últimos de diciembre y los primeros del año, para mí ese sentimiento es el que se despierta con un verso, como dice el amigo Francisco Umbral, en un texto plasmado en ese pueblo español de Majadahonda, en febrero de 2004:

“La creación es la nada cuando se te aparece. Una molturación de obreros necesaria. La creación es un gato que solo ha visto un niño. Creación son esas cosas ya desaparecidas, dispersas en palomas, en plazas, en palabras. Solo hay una creación, que es la palabra. Lo demás son andamios desnudos por la tarde. Crear un hombre que crea y creer en ese hombre.

Creación es la palabra donde acentuar el mundo, la sílaba primera del que va a decir algo. Después viene el silencio o las peroraciones. La sílaba primera deja espacio a la lluvia, a las estatuas, a la gente que pasa, a los bandidos. Creadores de palabras, creadores de los días, algunos hombres duermen y alguien les dice un verso. A partir de ese verso escribo yo mi poema”.

Para eso se requiere respirar y solo así la función del tiempo se colma, con ese instante de sentirnos creadores; conviene recordarlo por lo menos una vez al año o al momento del amanecer de todos los días, porque en este país conviene que el espíritu de la creación invada fecundamente todos los instantes.

Segundo: La escasez de sueños

¿Qué es un sueño? ¿Una meta posible de alcanzar? La gran crisis de la humanidad es la época de la frustración de los sueños, donde se olvida que hay otros horizontes además de lo que se considera necesario –alimentarse y reproducirse–. Ante una consulta la respuesta tiende a agotar las opciones y se estaciona en los límites, me imagino a alguien preguntado, hace algunos años, sobre la forma de almacenar electrónicamente datos, y el especialista que contesta tercamente con la descripción de las unidades disponibles, que él conoce; poco tiempo después, de formular la pregunta, aparece la memoria flash y se plantea por qué no antes. O mejor ¿Por qué no la descubrimos?

Las aspiraciones se limitan con las excusas de los supuestos límites, pero hay que buscar varias soluciones a los problemas que se presentan, con el inicio en la definición precisa del problema. Hay que buscar soñar y encontrar esas soluciones, desde hace varios años la riqueza de los pueblos es la información bien manejada, las técnicas empleadas y mejoradas.

Hace algunos años un personaje ante la cantidad de información y programas, determinó que lo mejor debe ser la habilidad del manejo de la metodología básica, a ello me parece que hay que añadir una buena dosis de sueños y pensar que aquellas cosas que se pueden alcanzar se las va a alcanzar y fijarse en quienes aconsejan la castrada y falsaria prudencia, que desilusionan con su fatalismo porque saben que “el mal de muchos (todos) es consuelo de bobos”. Arriesgarse a soñar y ponerlos en práctica sin detenerse, esa es la decisión que requerimos en esta amarga época, que es un tiempo de escasez de sueños.

Tercero: Huirapamushca

El sonido al proferir la palabra *huirapamushca* encadena, al menos así la siento, una sensación de vacío, aquel vacío que se establece en los sepelios, una especie de mezcolanza entre frío, desolación, impotencia, desesperanza... pero, y a la vez, como los microorganismos vuelan entre el aire, que nacen del encuentro entre lo gélido y lo cálido, así mismo se planta la orfandad y la esterilidad cuando en el tiempo no se valora el sentido de la patria, el calor naciente del fogón: el hogar.

La traducción de *huirapamushca* podría presentarse como traído por el viento, una figura excelente que indica que una persona no tiene raíces –antepasados– en un suelo, sino que no se sabe de donde viene y si no se sabe de donde viene tampoco se sabe a donde va, por eso la advertencia de entablar amistad con *huairapamushcas* era un canon en la mayoría de familias hace tiempo.

La globalización –término interesantemente novedoso– convierte en obsoleto el consejo en contra de los *huairapamushcas*, porque toda la tierra es una aldea grande, y por la misma razón destierra el término *huairapamushca* o tal vez, cabría decir, para ser exactos, la globalización establece el desarraigo como patria, al menos si se descuida la virtud de la piedad –la veneración por los padres–.

El grave estigma de la orfandad y la demencia de la esterilidad no pueden ser las alcabalas por trashumar en un mundo global, porque no existen ciudades construidas con el olvido de los mayores o sociedades humanas de *huairapamushcas*, porque un *huirapamushca* no es más que aire batido por humores en la cima de alguna montaña, un fenómeno interesante pero tan mordaz y nocivo como la novedad que presenta un loco que tiene un micrófono.

Cuarto: Muertos viejos o muertos jóvenes

Boecio (477-525), alto funcionario de la corte del ostrogodo Teodorico, se dedicó a profundizar lo que había escuchado para ello utilizó como herramienta el raciocinio, la deducción lógica. Este hombre en el proemio de su libro *Sobre la Trinidad*, comenta la amargura de la incompreensión, habla de la “inútil indolencia” y de la “taimada envidia”, de los “monstruos de hombres” y del miedo que sus consideraciones más que “ignorarlas las pisoteen”. Acusado de conspiración política o de las pugnas religiosas entre arrianos y católicos, fue ejecutado.

Las sociedades suelen vivir con ciertos paradigmas “incólumes” y cuando esas estructuras, aceptadas tranquilamente, son cuestionadas, incluso, obligadas a realizar transformaciones, se despierta un espíritu de defensa, como un organismo vivo que se defiende de un agresor, en realidad son quienes viven de esas estructuras, cuyo modo de vida depende de las estructuras, más que de la verdad.

El caso Galileo, laceración constante, que está en la boca de todo el mundo, aunque no todo el mundo tiene información suficiente de lo que trata, a mi criterio, es como el caso de Boecio, u otros muchos, simplemente el afán reivindicativo del espíritu humano de envidia y de falta de madurez, de enterarse que el ser humano es un ser histórico. Galileo tuvo que abjurar ante el tribunal de la inquisición, por el miedo a la tortura, mas sus trabajos se difundieron por el centro norte de Europa, mientras Roma siguió defendiendo el geocentrismo y las razones de la condena al copernicanismo, hasta que se demostró que efectivamente la tierra es un planeta y se mueve.

Los ejemplos, con los cuales trato de ilustrar la idea del cambio y la rémora de las posturas cerradas en los paradigmas, no son para imaginar que son cosas del pasado, pues hay

muchas personas (que podemos ser nosotros mismos) que siguen pensando que “cualquier tiempo pasado fue mejor”; de aquellos muertos viejos, que no se conforman con haber sido muertos jóvenes, y pretenden la perennidad de esa actitud. El trabajo realizado tiene sus fines y su tiempo, de lo contrario es obsoleto e inoportuno, como lo risible de querer aplicar un modelo educativo superado en otras latitudes, como es la dichosa “coeducación”. Así, reiteramos la invitación a infringir la “ley de jante”.

Quinto: Invitación a transigir la “ley de jante”

Hay una ley que me pone los nervios de punta, con ello indico que me asusto, me indigno o que sé yo, se trata de la “ley de jante”, que ha existido siempre y que fue formulada en 1933: “*No vales nada, a nadie le interesa lo que piensas, la mediocridad y el anonimato son la mejor elección. Actúa de acuerdo con estos principios y no tendrás grandes problemas en tu vida*”. Paulo Coelho responsabiliza a esta ley de la manipulación de la gente, en masas, y denuncia su aspecto funesto, cuando las consecuencias de los dirigentes por culpa de la mediocridad, llama a la propia puerta, entonces se levantan los clamores ¿por qué no denunciaron? Y como respuesta: porque nadie quería decir nada.

Un consejo, realmente bueno para los negocios, me parece, porque realmente funciona, se lo puede encontrar en la propuesta de Og Mandino, que se resume en no complicarse nunca la vida, el éxito está en encontrar el punto de halago, y reservarse el propio; de esta forma poco a poco ese afán de “ser tú mismo” termina por ser modelado por las circunstancias, y al final te encuentras en el montón, íntimamente compartiendo la carencia de ideas o no saber expresarlas y necesitas co-

larte a las “voces” que te son ajenas, que “enajenan”.

Milan Kundera, en *La dorada manzana del eterno deseo*, sugiere que para entender no hay que quedarse en las simples palabras, sino que hay que ir más allá de los conceptos y llegar a las intenciones, pues en la mayoría de las veces, solo son excusas para otros fines: “*Cuando crees algo al pie de la letra, terminas por exagerar las cosas al absurdo. El verdadero partidario de determinada política nunca se toma en serio sus sofismas, sino tan solo los objetivos prácticos que se ocultan tras estos sofismas. Las frases políticas y los sofismas no están, naturalmente, para que la gente se lo crea; su función es más bien de servir de disculpa compartida, establecida de común acuerdo; los ingenuos que se las toman en serio terminan antes o después por descubrir las contradicciones que encierran, se revelan y acaban vergonzosamente como herejes y traidores*”. Como sería de interesante ilustrar esta frase, que parece un principio, con ejemplos de la vida política ecuatoriana, el ejemplo también cae de forma perfecta para la vida personal.

Parece obvio que la *ley de jante* es más bien un hito para orientarse pero, sobre todo, para valorar las propias ideas y aprender a expresarlas, un llamado para hacer de la trasgresión de la *ley de jante* la norma oportuna.

Sexto: El mundo que necesitamos cambiar

Emmanuel Mounier (1905-1950) portó la bandera de la revolución por una sociedad nueva, de una revolución espiritual que rehaga el renacimiento desde el fundamento incontestable de la persona humana, murió de un paro cardíaco a los cincuenta años, con el sentimiento de impotencia y de ver partir a los seguidores de Esprit, en apoyo a la tendencia armada que

falsamente defendía a los más desfavorecidos, inspirados en la lucha de clases.

Las ideas del filósofo, descendiente de artesanos cesteros de la zona de Grenoble, Francia, están presentes en el pensamiento actual, y, a mi parecer, hay que sentir esa perturbación que nos mueve a reflexionar, a confrontar nuestros principios, saber que los tenemos, que no somos bultos, y después, sí realmente esos principios dan sentido a la vida. El ser moral del hombre precisamente se sustenta en el asumir consciente de principios acordes a la verdad, que den razón de la existencia personal e indiquen que la vida tiene significado, que las acciones dejan huella para bien o para mal.

El 31 de diciembre se quema un muñeco, significativamente se quema tanto, pero se quema lo que no se conoce, debe existir un tiempo personal para confrontarse, para reflexionar, sin él, no se sabe el valor de la propia vida; ese tiempo para los católicos es la Cuaresma, y una de las actividades de los hijos de Dios es la de confesarse, enumerar sus actos malos incluso los secretos y los de deseo, pues en este sacramento se realiza el encuentro del hombre con Dios, su Padre, y es el principio de una verdadera revolución por los propósitos de mejorar desde el interior personal, de construir una ciudad más humana, porque en cada hombre se descubre el rostro de Dios.

Séptimo: Galileo Galilei

No sé si Galileo Galilei (1564-1642) dijo: “*sin embargo se mueve*”, podría ser que sí, porque muchos biógrafos lo muestran como terco e imprudente, pero, podría ser que no, pues quien se resistía al tribunal de la inquisición, cuyo poder omnímodo para conseguir la declaración de la verdad se extendía incluso a utilizar la tortura, práctica común en la época, más

aún, cuando todavía pululaban en el aire las cenizas y el olor de la carne quemada de Giordano Bruno (1600). Al final, como todo lo que cuenta la historia, se escurre por el dintel del tiempo que disgrega los hechos en un champús espeso y enredado, donde muchas cucarachas suspicaces pugnan por alcanzar el nombramiento de crónica oficial, aunque en el tiempo solo admita fragmentos y nunca petulancias.

No se entiende la traición de Galileo Galilei a la jerarquía católica, después de ser recomendado y obsequiado con la amistad del papas y cardenales, así como el arropamiento de cartas para ocupar la cátedra de matemática en la universidad de Padua y en la de Pisa. No se explica cómo este hombre, Galileo, puede enemistarse con los jesuitas, quienes apoyaron sus proyectos. Tampoco, se explica cómo este católico apadrinado por duques, grandes duquesas, archiduquesas y sus sucesores sea autor de semejante doctrina censurada y difundida por los protestantes, quienes desangraron a la catolicidad en la famosa guerra de los treinta años. Galileo gozó de canonjías eclesiásticas, jamás se casó, tuvo tres hijos, fue el profesor mejor pagado en los momentos cumbres de su carrera, sin necesidad de impartir clases, se lo cuidó en extremo en los procesos inquisitoriales, se le conmutó la pena por un particular “arresto domiciliario”, publicó algunas obras después de la condena, y murió a causa de los achaques normales de una avanzada edad.

No logro comprender tantas cosas, como: ¿Por qué tienen que emperrarse en una idea, en vez de ser “tolerante” y, mejor, empeñarse con más ahínco en los estudios para probar las hipótesis? Igual, no entiendo ¿cómo pueden estancarse en los supuestos de una verdad adquirida por otros, por lo tanto, de alguna manera ajena, a quienes la reciben?

El “caso Galileo”, en mi opinión, es otro imbricado múltiple de vetas hinchadas de excesiva vanidad, de ese afán de figu-

rar que *ahora* se podría, comparar con la sed de aparecer en los medios de comunicación social, aunque no se tenga nada que decir o mejor dicho nada que transmitir; sin embargo, sé que hay mucho por divulgar y precisamente es lo evidente aquello que es lo más desconocido, como fue en otros tiempos, como el hecho de que la tierra se mueva “y, sin embargo, se mueve”, aunque abra problemas teológicos, para recordar al arrogante *homo sapiens* la actitud ante el *Misterio* fascinante y superior, para dejar claro que está hecho de *humus*, de tierra, por ello debe conocer y reconocerse en la humildad, en la que al final de su vida se confunde sin ser condenado, sino convocado al despertar glorioso de la carne, libre del mal, con la seducción de la belleza de la Creación amada por su Creador.

Octavo: A propósito de clubes

El sentido de las actividades es el motor que provee de la fuerza necesaria para la ejecución, para reconocerlo se encuentra la simple pregunta: ¿por qué? La respuesta descubre poco a poco la raíz donde se despliega la totalidad de la actividad. En este plan de connotación filosófica quisiera analizar someramente el sentido de la existencia de los clubes: ya sea de fútbol, de esgrima o de lo que fuera.

Me parece, que un punto certero de partida, en este caso contradice a Aristóteles en su *Poética*, pues no es el principio, sino los resultados, más similar a la teoría de las causas de mismo filósofo griego, pero con el matiz de considerar el fin como inspiración de toda la acción, precisado por el italiano Tomás de Aquino en la edad media. Obviando el rollo de filósofos y filosofías, pero sin perder de vista la ciencia del sentido de las cosas, en compañía de la música de Santana en las versiones de *Real Albert Hall*, me atrevería a determinar que: sí

se apega el sentido de los clubes a los resultados en cuanto consecuencias de la competición, únicamente medidos por rendimiento deportivo y sus triunfos de podium es un fracaso fragante e infame, pues aunque sean los clubes canteras de deportistas, algunos de elite, la esencia del club es ser la expresión de una sociedad intermedia formada por vecinos de una localidad, donde los jóvenes deben encontrar su lugar; por lo tanto, un espacio donde les comprendan y descubran sus potencialidades. Los clubes son el sitio por excelencia de encontrarse con la tierra y con la propia gente, de aprender a quererlas, porque son acogidos y no que sea el ingrato inicio del desencuentro personal, de sentir la competencia social desquiciada, dependiente del individualismo inglés o del instrumentalismo colectivista de los hijos de Hegel.

No sé quien pudo trocar el principal resultado del deporte, de los clubes, por las victorias o las derrotas en el campo; el resultado óptimo de un club será siempre la colaboración en la formación de la persona en su integralidad, donde no desmerece la victoria del campo pero nunca se puede reducir a ella; concretamente, nunca se puede sacrificar la actuación de quienes son vecinos, quienes a la postre mantendrán la institución, no por el mero hecho de los títulos sino por el cariño de la sentirse parte de ella, por la oportunidad del sentido de acogida, de sentirse vinculados por un nexo semejante al de ser hijo. Nunca un club de vecinos competirá por la Copa Libertadores de América, nunca lo hará, pero siempre, siempre el chico del vecindario, que espía a sus amigos, mantendrá su filiación porque se sintió acogido, sintió la confianza de su entrenador ante su inutilidad y le llevó a superarse. La meta de la institución no es el triunfo estilizado de la disciplina deportiva a secas, sino el crecimiento de las personas a cuyo servicio se encuentra toda institución intermedia.

Cada club escribe en el corazón de sus integrantes una filia-

ción, que con el trascurso del tiempo se convierte en paternidad, no se habrá ganado muchas Copas, aunque, tal vez sí, porque nadie puede subestimar el poder emotivo del cariño, pero para generarlo es necesario el cuidado exquisito del crecimiento personal, este crecimiento personal es el auténtico triunfo de un club, cualquier otro es un remedo traidor. “¡Se acabó... se acabó!” como la canción de Carlitos Santana.

Noveno: El galardón del lector

No recuerdo cuándo fue la última vez que forré un libro con el estilo antiguo de papel empaque café como en el primer grado de la escolita, lo cual constituía, para esa edad, toda una hazaña; al parecer, ese ritual fue incorporado en mi memoria con un membrete, que advertía la inutilidad de la acción, pues el libro comienza en su portada, la acción escolar solo era justificada por el desarrollo de las destrezas manuales de la pedagogía aplicada a los niños; veinticinco años después reconozco que el ritual de forrar con papel empaque café es el justo ritual para “el libro”, porque no es una mortaja, de hecho los libros mueren desnudos, con sus páginas podridas por la humedad, asfixiadas por el polvo... el forro es la garantía del cariño personal, de la promesa de una amistad que dura como los latidos del corazón del amante.

El encuentro con el sentido de forrar los libros lo descubro no precisamente con aquellos excelentes libros que he leído sino más bien con un folleto encuadernado con pastas de color negro —ese color elegante y resentido— con letras en gris que anuncian el contenido de una exposición de Pintura y Literatura de Masana titulada: *Guardianes de la memoria*, publicado por La Biblioteca Nacional, patrocinado por el Ministerio de Cultura de España. Un trabajo donde el autor se acerca con la pintura al

rostro de los hombres, dedicados a las palabras o mejor dicho al silencio, porque para que exista palabra ha de haber silencio –solo esa palabra es auténtica y honesta, los autores y editores son españoles– de habla castellana excepto, como siempre y seguramente por “el prurito”, hay un catalán (que no sabe hablar castellano)– de generación reciente: Jesús García, José Hierro, Francisco Umbral, Víctor Martín, Adolfo Castaño, Carlos Barral, Luis Landero, Eugenio Granell, Pere Gimferrer, Fernando Sánchez Drago, Adolfo García Ortega, Miguel Delibes, Sáez de Oiza, Beatriz de Moura, Fernando Castro Flórez, José Jiménez Lozano, Luis Mateo Diez, Gastón Baquero, Antonio Torres del Moral, Luis García Montero, Julio Ollero, Almudena Grandes, Julio Albi de la Cuesta y (el mismo) Juan Massana. Los retratos exprimen y plasman, con los colores del óleo sobre la tela, los gestos característicos y a cada uno se complementa con una fragmento que pretende captar el nexo del hombre y la palabra.

El galardón del forro a los libros especiales, que seguro son pocos, se determina con el discernimiento al contemplar la delicadeza de las solapas y porque se sabe que es una obra que se sostendrá entre las manos muchas veces, porque es referencia para las asignaturas en la escuela y en el resto de la vida porque enseñan algo que vale la pena, no son para que devoren el tiempo sino para dar significado al tiempo.

Décimo: Supuestos conocedores

Todavía recuerdo la sensación de ser encasillado por conceptos “pseudos psicológicos”, para ilustrar esa experiencia podría sugerir esa imagen del acusado, que tras un juicio con fiscal y defensor anónimos –aunque conocidos por la convivencia– y expreso veredicto del jurado, escucha en silencio la sentencia del juez, todo se muestra en su rostro patéticamente

desorientado por la impotencia y la confusión

El ajedrez es más que un juego, es la iniciación en una actitud vivencial, pero como todo normal planteamiento requiere de conocer las distintas constantes para la actuación correcta, por ello los buenos ajedrecistas además de la afición, el conocimiento básico de reglas y movimientos, desarrollan un sistema propio de juego, que se alcanza por el hábito ante las partidas y los oponentes para encontrar su movimiento preciso, que se consigue con la experiencia de juego y con la calidad de los contrincantes.

El ajedrez, que inspiró el verso hacia el absurdo a Jorge Luis Borges, habla del conocedor de todos los movimientos, de quien desciende a descubrir los secretos de cada pieza que interviene en el tablero, y a la vez el mismo tablero y los jugadores son alternadamente superados por tableros y jugadores, que a su vez conocen más. En el caso humano, me parece que la solución al absurdo propuesta por el autor argentino, no deja opción, mas se convierte en luz, si esa superación no es precisamente por la lógica de quien entiende todo, al modo unidimensional del entendimiento especulativo, sino en el descifrar la totalidad del ser humano, incluso en su misterio, no como una pieza que puede servir para tal o cual trabajo –sistemas pragmáticos capitalistas y totalitarios– si no como quien sabe la respuesta contundente a ¿por qué existe el ser y no la nada? Entonces, no es “que Dios detrás de dios / mueve la pieza”, sino que Amor tras el “amor”, el primero refiere a un absurdo, el segundo a una profundidad, el primero volatiliza en el abstracto, sin respuesta posible, el segundo asombra en lo concreto, con una respuesta más allá de misma inquietud. ¿Será viable en lo cotidiano?

Décimoprimer: Asunto de gurús (sociedades secretas)

Hace tiempo, en una conversación informal, un buen amigo tocó el tema de la fotografía y emitió su sincero criterio, le parecía irrisoria la diferencia entre los equipos (aficionado o profesional) e injustificaba los valores que se invierten en su adquisición; lógicamente, mi colega, no se había detenido en apreciar una foto, una sencilla fotografía, quizá, se daría cuenta que el papel era distinto y que la imagen era formada por pequeñas esferas que poseían un color, pero ¿por qué era posible que la luz quedara recogida en un pedazo de papel? Y, aunque el problema de la luz y del color, ya recogido, por el filósofo griego Aristóteles en su libro *Sobre el Alma*, queda claro que la filosofía va más allá de lo evidente, pero su punto de partida siempre es la evidencia, lo que tiene delante, el objeto, y la capacidad de cuestionarse ante ese objeto es la esencia misma del filósofo y de la filosofía, por ello me parece un horroroso proceder el proibir a cualquier persona de su modo de enfrentarse al “objeto”, cualquiera que sea, siempre y cuanto ese intento sea auténtico y no la treta rastrera que se justifica por un elegante trozo de celulosa procesada y con sellos que certifican la procedencia de emisión de un centro de “altos estudios” o, peor aun, la adscripción a una sociedad que se encumbra como custodia de algo cuya evidencia permite distintos tipos de perspectivas e incluso se encuentra sometida a la historicidad (un ejemplo notorio son las pretensiones de ciertas Academias) y por lo tanto al cambio, muchas veces beligerante.

La conversación, ilustrada por la actitud del amigo, se tornó en un compartir sobre la calidad del soporte que permitía capturar la luz, así como, también, la técnica de la sensibilidad del grano de la película o los píxeles (digitales), y acercarnos al

análisis de varias fotografías para comparar sus cualidades; no puedo negar lo grato de la conversación, pues de nada sirve quedarse en las zonas del limbo de algún conocimiento si no se desciende a la evidencia, que es recuperar o, más bien, comienzo del debido respeto para comprender, me parece un acierto el afirmar: *“Solo se aprecia lo que se ha aprendido a ver”* (conforme al libro de Gombrichs *Buch Kunst und Illusion*, reflexión acerca de la percepción y su influencia sobre el artista y el observador) o lo señalado en el prólogo de la muestra *Otavalo: agua y sueño “lo evidente es lo más desconocido”*, que, precisamente, aspiraba llamar la atención sobre lo que nos rodea y la forma de apreciarlo en la exposición de un estudio fotográfico de un elemento tan cotidiano como es el agua, en lugares catalogados por un libro editado hace años.

El Primer Encuentro de arte organizado por la Casa de la Cultura Núcleo del Chimborazo fue, entre otras cosas, un compartir las experiencias de aquellos maestros que se quedaron a pelear por sus artes en los momentos de crisis –al menos así me pareció–, se redefinió a la crisis como un fenómeno catalizador, y afloró, una vez más, el hermosísimo principio que solo quienes aman un ideal son capaces de avanzar entre la adversidad, pues de lo contrario el barómetro podría mostrar la etiqueta de la cobardía hasta el hecho de ser simples mercenarios, y al final miserables, insensibles para apreciar el arte o cualquier otro amor.

Décimosegundo: Un buen whisky

Dicen que el secreto del buen whisky escocés se encuentra en el agua, para quienes somos neófitos y estacamos el criterio en lo subjetivo, en cierta forma, acatamos la sugerencia de Pablo Picasso, quien para apreciar una obra la reducía al “me gusta o

no me gusta”, dicho sea de paso, totalmente disconforme con el concepto de arte y belleza del celebre crítico Paul Johnson. La nota subjetiva puede llevar a perder o disolver el valor propio, la dignidad del objeto, es a mi entender a esta superficialidad que el escritor británico C. K. Cherteston denominaba vulgaridad, pero tampoco se me da conceder que quien no sea un iniciado en el arte sea completamente ajeno a lo que tiene delante, el objeto, como si se le negara la palabras sobre porque no se encontraría en el club de los que saben.

La consideración anterior me lleva a maquinar sobre dos experiencias; la primera, los mercados de cosas de segunda mano, donde para adquirir un objeto se necesita conocer bien lo que se ha de adquirir, y ciertamente se puede conseguir, por ejemplo, piezas de finísimo cristal, que para la mayoría son despreciadas o al menos indiferentes. Lo mismo sucede con los depósitos de papel para reciclar, más de una vez pude comprar un libro de buena biblioteca.

La segunda experiencia es el clásico cuento del engaño de los espejos a los nativos americanos, que según cuentan, seducidos y sorprendidos por los reflejos de la luz entregaron metales preciosos; más actual es la de pretender adquirir la super computadora de última generación con infinitas virtualidades, que al final es subutilizada.

Las sugerencias iniciales permiten llamar la atención ante lo que se encuentra frente de nosotros, por eso se llama objeto, valorarlo con la medida de quien sabe que las realidades tienen condumio, todos, desde las respectivas circunstancias podemos discernir con mayor o menor información, lo injustificable es la carencia o el atolondramiento del juicio, por eso ante el whisky encuentro que su aroma profundo y su retrogusto definido, tal vez, le es debido a la calidad del agua y lo aprecio despacio desde su color tras el cristal frío del vaso.

Décimotercero: Lunáticos

Ningún hombre puede pasar desapercibido ante la luna y se puede decir que ella ejerce influencia en cada uno, por ello podría arriesgarme y añadir que la mayoría lleva el estigma de la luna, en cierta manera se puede decir que son “lunáticos”, más aun al saber que la mayoría vive de una luz ajena y desaparece cuando no hay quien lo ilumine, que no tiene ni atmósfera ni calor propio, que en realidad son las ansias desesperadas de sentir luz... y calor... al parecer la luna debería estar en el escudo de todas las comarcas y en el marco de las puertas...

El aparecer mágico con sus fases de crecer y menguar, con la plenitud y el ocaso, como si fuera un círculo, como si fuera una espera que se cumple irremediabilmente, como presagio de un destino, como que sentencia sin ceder resquicio a la duda en la perspectiva cíclica de la vida, igual que una rueda “gira que gira”, pero es mejor pensar en la disposición del satélite como recuerdo constante de la condición humana, no se puede olvidar que cada ser humano tiene la luz prestada y depende... siempre depende... lo que comienza termina, porque se deteriora con el transcurrir de los instantes...

La belleza de luna se transforma en maremoto en las aguas del océano o en la sangre de quien se deja seducir por su reflejo y el amor no es la excepción, el embrujo, la magia o cualquier palabra que se una con la luna es también un reflejo de la belleza interior de los ojos que la miran, del espíritu humano que descubre en lo cotidiano ventanas que anuncian en un grito que reclama la solución definitiva del laberinto... porque la luna, como tantos misterios, termina siendo también un laberinto.

Décimocuarto: Pequeños chinchosos

Las conclusiones de Guillermo de Ockham convirtieron e inyectaron en la cultura de occidente la idea de dios caprichoso y arbitrario, concebida en las diversas cosmovisiones, que más o menos se representan en el Partenón griego. Las imágenes de los dioses, evocación de nociones, son la proyección de los deseos del corazón humano, también son el testimonio de su enfermedad endémica.

“Solo lo fuertes deben vivir... la piedad es el peor defecto de los hombres” las palabras de Spengler, lo mismo que las de Nietzsche, Hiedegger o las de otros maestros de la sospecha, de la intriga... que tarde o temprano dejan en las cenizas el miedo. Los nacionalismos enfermizos, así como los individualismos egoístas, son deformaciones de la humanidad.

Mucho se tiene que hablar de poesía (que viene de crear), mucho hay que comprender del método y la forma del poeta; a mi parecer es un abuso creer que se ha encontrado definición, *“Comprendí que el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de razones para que la poesía fuera admirable;”* (Borges), pero hay que cuidar las ideas, pues no en vano los creadores de dioses en la antigüedad eran los poetas, cosa que no ha cambiado.

El internet pone a disposición una infinidad de información que es necesaria la antigua filosofía para el respectivo discernimiento, así como el rap (hip-hop) consigue entusiasmar el sonido de las palabras y la contundencia de los argumentos, igual caso con chat (internet) consigue que se escriba y se lea, e incluso se impulsa un nuevo uso de los caracteres gráficos, para optimizar la comunicación como ocurre en los msm. Pero es una equivocación no prestar la oportuna atención a “las razones” que convierte la poesía en admirable, y más aún

aquello que mueve al hombre, que hoy sigue innominado bajo el afecto que condiciona las actividades, pues al final el hombre hace lo que “quiere” hacer y termina siendo el rastrojo de sus actos.

Lo que logra captar la atención del hombre es aquello que es hermoso, que consigue seducirlo y provocar que todos los dinamismos se integren en una perspectiva armónicamente, en ello se gasta el tiempo, momento a momento, como un Zafir de Borges.

Décimoquinto: Shutruk-Nahunte

Me senté, una vez más con afán de romper esa enfermedad terrible que es el aburrimiento, tengo en el DVD una película, que trata de emular la influencia del maestro en la Sociedad de los Poetas Muertos (Robin Williams), el Hombre sin Rostro (Melb Gibson)... El Club del Emperador (Kevin Kline) y me parece apropiado transcribir, algunos aciertos del guión:

- *“El carácter de un hombre forma su destino (Heráclito). El fin depende del principio.*

- *Un profesor debe esperar que un alumno con la enseñanza cambie.*

- *Hay que salvaguardar el liderazgo moral y académico.*

- *No es posible bañarse en el mismo río (Heráclito). Una oportunidad perdida se la pierde para siempre.*

- *“La juventud envejece, la inmadurez se supera, la ignorancia puede educarse y la borrachera, despejarse, pero la estupidez dura para siempre”. (Aristóteles).*

- *Hablar a quien no le interesan los temas importantes, sino solo los que le traerán beneficios. Me exaspera la necedad, la ignorancia vencible (el carecer de los conocimientos que se*

debe tener por oficio).

- Soy Shutrúk-Nahunte rey de Anshand y de Susa Soberano de Elam, destruí Sippar y tomé la estela de Niran Sin y la traje de regreso a Elam donde la eregí como ofrenda a mi dios. Shutrúk-Nahunte 1158 aC. Son palabras de un desconocido. Las grandes ambiciones y conquistas sin contribución carecen de importancia. ¿ Cual será su contribución, como pasarán a la historia?

- Hombres de profundo carácter. Hombres cuyos logros superan su propia vida y perduran en los días.

- Todos en algún momento nos vemos obligados a observarnos en el espejo y ver cómo somos realmente, cuando sea su turno, verán ante usted una vida sin virtud y sin principios, por eso lo compadezco. Fin de la lección.

Ante tantas palabras un hecho, el hijo... Él convirtió a Homero en algo agradable. En la vida hay alguna persona que construye toda la diferencia... temo claudicar, temo terminar en la imagen que aborrezco, quizá por eso maldigo a los espejos, porque cada vez pierdo mi imagen y solo aparece la ilusión que me mantiene vivo, que justifica mi sinsabor... No puedo soportar sus palabras. ¡Comienza un año lectivo! ¡Reavivo mi penitencia!

- “¿A quién rayos le importan sus principios y sus virtudes? Mírese cuáles han sido sus logros. Yo vivo en el mundo real donde se hace todo para obtener lo que se desea. Y si hay que ser mentiroso y farsante, que así sea. De modo que saldré y ganaré esa lección y me verá en todas partes, me preocuparé de mi contribución económica más tarde...”

Me preguntó cuál fue el último libro que “leí”, que me entusiasmó, o sea, que me llevó a tratar de construir algo dife-

rente, que se enclavó en mi vida o mejor yo me introduje en la vida, como los Jardines Continuos de Cortázar..., para responder tengo que regresar a los diecisiete años y contar de aquellos viajes por la línea del tren... definitivamente tengo un libro pendiente, que no puedo escribir, porque me parece vano escribir cuando no se tiene quien lo vaya a "leer", es mejor escribir libros de alquimistas o sea de tratar de convertir todo en oro, para que quien domine el artilugio sea rico y pueda hacer de cuando en cuando una contribución económica a la causa...

Décimosexto: la influencia del fútbol

La sencillez es una locura (como los caminos de los pueblos hispanos entrecruzados, laberínticos) encerrado en su propio enigma donde la muestra más importantes es el ser humano, es de locura perderse en el supuesto aprendizaje de la lectura, donde la decodificación de caracteres materiales hace patente imágenes –inmateriales de lo material– en el interior que adquieren significado inmaterial, incluso de lo inmaterial, es de locura... pero, para no extraviarnos en el supuesto nivel profundo, sería bueno detenerse en la sencilla consideración de la lectura de las primeras sílabas en la escuela... (para ser sincero, no me llamó la atención esta evocación, será porque la lectura de mi primera palabra, no significó nada, no recuerdo ni siquiera cuál fue –y esto, también, es la sombra de un trauma, porque me encanta pronunciar palabras–), después, el entender las primeras oraciones y frases, la página y los libros... pero ¿cuándo un libro ha supuesto un placer el sostenerlo y el ganárselo, para que a través de acariciar sus paginas y fijarse en sus hojas le vayan influyendo hasta el punto de prender un hito, entre el antes y el después?

Las paralelas, que guían los trenes, son estáticas y consiguen

determinar a la máquina para que acabe en el fin, al parecer –sin deplorar la falsilla– la lectura debería también condicionarse por los caracteres como las rieles lo hacen con las locomotoras, pero no es así, porque se operan con imágenes y dependen de la calidad de las imágenes personales para captar, interpretar, enriquecer o empobrecer las palabras –me basta con convocar, en este momento, la tibia sensación de la mano sobre la piel, para despertar la fascinación de la desnudés, y perder la noción de la palabra y sumergirnos en lo indecible, no porque sea prohibido o pecaminoso (si pertenece a una religión) sino porque el límite, el risco, el abismo se atraviesa, somete los caracteres y obliga a las imágenes en un plano exclusivo de la persona que lee.

La música *country*, de los *greengos*, captó mi atención en mi adolescencia, por su ritmo que ilustra la historia como una celestina que alienta las escenas, entendía y entiendo algo de esas palabras, pero más aún eran mis ideas de campo abierto del Pasocha, del Rumiñahui, del Cotopaxi... de musgos y chuquiraguas, de noches mirando a las estrellas, sin adivinar destinos sino gozando con el aire que se detenía en la cara o con la mirada que más he amado... Cualquiera que hubiera escuchado la música podría maldecir mi estirpe, condenándome como un “extranjero en tierra propia”, pero no es así porque precisamente evoco a mi sangre cuando una canción me recuerda el verdor, las estrellas, el corazón...

Sencillamente es una locura comenzar a remendar una imposición útil, pero absurda, sin el condumio que abrasa o podría abrasar todos los minutos de la vida, una imagen, seguro que harán cola para defender lo que supone recibir aplausos –de lo tradicional, con sello de inalterable– pero el desierto de un funeral anónimo es pan duro, pues supone una revuelta donde el interés sería una buena sonrisa en el momento de morir y nadie quiere morir por tan poco, especialmente si no

tiene deudas que lo condicionen: pues es cuento infame hablar de “libertad, igualdad y fraternidad”, sin saber qué mismo evocan esas palabras (y qué significan para cada uno), seguro es un eslogan de la economía de mercado, como lo muestra claramente la campaña 2004 de la trasnacional estadounidense de implementos deportivos Nike:

“Cuando quieras, donde quieras...”

“La exhibición total y definitiva de buen fútbol: 90 minutos de humillación al contrario”

“... Air Zoom Total 90 III... es la bota ideal para aquellos que disfrutan humillando al oponente...”

“Una camiseta diseñada con un único propósito: darles un esquinazo a tus adversarios una y otra vez... para los que acarician la idea de jugar un papel estelar en las futuras pesadillas de sus contrarios.

“Si te plantas debajo de los palos, reza para que el nuevo Total 90 Aerow no se cruce en tu camino. Diseñado para destrozarse el ego de los porteros...”

“¿Te da miedo perder los dedos y, aún más, tu autoestima? Entonces necesitas los nuevos Guantes Total 90 Wired de Nike...”

“Defiéndete de las frustraciones de tus adversarios con la protección de las Espinilleras Air Zoom Total 90... (testadas por quien entiende bastante de defensas frustrados)”

Y he de confesar que me encanta el fútbol, que pido a mi club envíe el recibo de socio correspondiente a la temporada que comienza, que apoyaré a la selección ecuatoriana –iré al estadio– que rezaré para que trabajen a fondo, especialmente para que dejen de ser “sobrados”. Dije bien “rezaré” porque ese mal de ser engreídos, que llevamos dentro, requiere una

intervención sobrenatural, (qué sugiere la palabra “sobrenatural”, estoy seguro que para usted y para mí son diferentes... muy diferentes...) el fútbol ingrato, incluso infame, en estos últimos años se me descubre, precisamente en la materialidad, al igual que los caracteres de las palabras, donde es un espacio enteramente de encuentro pero totalmente capaz de convocar buenas imágenes, pero no de un “Maradora” semi-loco, psudo-dios, ebrio, fofo... toxicómano sino del fútbol que siempre se jugará en el barrio, de aquella alegría del defensa, del arquero... del gol; del fútbol no de los mezquinos aplausos, de aquel partido que alegra la vida, que tiene valor en sí mismo no porque se tenga a un enemigo por enfrentar y abatir, sino porque el enemigo que llevamos dentro es sofocado por el esfuerzo, que muestra claramente que el único fracaso es dejarse vencer por el miedo de perder y quedarse paralizado sin siquiera intentarlo, mientras haya tiempo siempre habrán puertas... ¡tan sencillas que son una locura!

Decimoséptimo: Las ilusiones

Las ilusiones son flores pequeñas que adornan de colores cualquier campo, son sonrisas que mueven al sol... y aunque la tierra no deje de girar una y otra vez, con la sucesión de días, uno tras otro, no puede detener ni limitar las sugestivas fuerzas de las ilusiones, al menos que el miedo las anegue, las enferme y desvanezca.

Se puede escribir mucho de las ilusiones, desde el perderse en la perversidad o evaporarse en la hipnosis de lo onírico, pero no resulta difícil captar el ímpetu, incluso hasta el sacrificio —que roza la necesidad— de quien está enamorado, ni negar que en el fondo la vida es fundamentalmente una ilusión y que al momento de carecer de ella solo queda arrastrar lo pies en es-

pera que finalice el agobio de los días. El discernir las ilusiones no es un laberinto porque las que dan sentido a la vida siempre tienen rostros, no son cúmulos de soledad ni de objetos.

Las ilusiones encadenan a los enamorados y pueden transformar el cansancio y las lágrimas, como si fueran manos de quienes aprenden a jugar con la luz, para enfocar en la oscuridad de la piedra un canto que se entona en el momento oportuno de quien sabe querer, porque sabe ser amigo, por ello las mañanas tienen sentido cuando hay un trabajo que cumplir y el descanso solo viene con la labor realizada. El tiempo de cada hombre es la suma de las ilusiones que despiertan cada mañana y se guardan en secreto cuando llega el ocaso de los días.

Las ilusiones dependen de los latidos del corazón, por eso son frágiles y en las mayorías inconstantes e imperfectas ¿Quién podría guardar a depósito las ilusiones para que siempre se acrecienten?

Décimooctavo: La cocina ¿Una asignatura pendiente?

El catarro anida de repente con el declive de las temperaturas en el otoño, y recuerda con claridad que la presencia de las naranjas (aproximadamente, según dicen, que cada una equivale a un gramo de ácido ascórbico), es debido a la necesidad de la vitamina C de su pulpa, para evitar la telaraña que suponen los achaques del extremo frescor del ambiente.

La medicina, en sus inicios, se encontraba centrada en la cocina, en prevenir la enfermedad, por eso el primer laboratorio, con esa conciencia, fue el instalado con claros propósitos de mejorar en la preparación de los alimentos; simplemente, es el desarrollo de la observación de aquello que hace mal, para evitarlo y consumir aquello que produce beneficios a la salud. Así,

las ciencias consiguen soltar amarras para establecer sus caminos, como se puede apreciar en el simple ejemplo de la naranja; pero ¿cuándo en el ambiente había naranjas? También, dicen, que en el occidente esta fruta fue introducida por Marco Polo, que despojó la patente a los habitantes del “extremo oriente”, en el mismo paquete que envolvió el trompo, el tallarín, el helado... y otras cosas más.

Seguro ha pensado ya la comida que va a preparar; seguro, también, echará de menos lo que desearía consumir y no lo tiene a mano... pero, si alguien me pregunta qué sería bueno enseñar en estos tiempos, como básico, aparte del invento egipcio –introducido en occidente por Pitágoras– de las matemáticas o la geometría –ciencia imprescindible según Platón– es la de la agricultura y la nutrición –elaboración de alimentos– (o dicho con propiedad, cocina), más acorde con la ciencia y la buena filosofía, que se distingue abismalmente del desdichado dicho “primero vivir y después filosofar”, pues la vida misma es filosofía y quien sabe guisar puede hablar de aquello que se ubica “mas allá de la física” (metafísica o filosofía primera según el atormentado Aristóteles) porque descubrirá la dignidad del hombre y del medio, a diferencia de quienes viven y morirán (como muchos lo hacen y lo harán) siendo apenas (o ni siquiera) una disquisición.

Gracias por el plato del almuerzo, el que será mejor cuando en la escuela se introduzca una asignatura tan noble como el cocinar, igual que el proyecto ecológico de la huerta, donde se valore la maravilla de la tierra, de la semilla y del trabajo. Me quedo con el recuerdo de la mata de romero, que bien vendría en las noches de este invierno que se avecina, una lavacara con agua tibia y romero para espantar cualquier ramalazo que agujijonea el frío. Así, como alegra la buena cara cuando ofrece con agrado los alimentos a quien se quiere.

Décimonoveno: La Virgen de los rockeros

El problema del cuento trastrabilla y cruje cuando, irreverentes y engréidos, se pretende establecer una barrera entre lo que es poesía y lo que no lo es. El cuento *La Virgen de San Antonio del Rock*, de Jorge Luis Narváez, es introducido por un poema que manifiesta el sentimiento de un corazón maduro, que recurre a la fe ante el cadáver tierno del guagüito, atisba en ese amor, que el amor no puede morir, por ello dibuja el cuerpecito del pequeñín en compañía del Vencedor del dolor y de la muerte: Cristo.

Un escenario, el pueblo de San Antonio, le servirá al autor para exponer aquella idea lucida, presente en los antiguos maestros imagineros –ahora escasos– y latente en la tradición del icono (*eikón*, imagen) de los cristianos orientales (Rusia, Estambul, Grecia, Irak, Irán...), porque para ellos la imagen “es en cierto modo ‘desmaterializada’, para transmitir así lo que sobrepasa la materia... transmite una especial presencia de Dios y da, además, testimonio de fe” (Jutta Burggraf); por ello, el proceso de la iconografía, requiere una especial preparación: vivir la experiencia que se pretende transmitir, el rostro materno de la Virgen lo será en tanto en cuanto se aprecie en carne propia esa realidad.

Hay una imagen escondida sin terminar –dice el autor– como deseamos mirar lo que sugiere el corazón del escritor, una imagen de la Virgen de los rockeros, pues con toda confianza hay que proclamar la efectiva presencia, la tierna presencia, de esta Mujer en cuyos brazos casi siempre está su Hijo, Jesús, en Él cada muchacho y cada muchacha, personalmente, tienen su corazón, como pregona el cuento, es necesario atender la sentido de esa música que cautiva y libera a la vez, no es extraño que sea un misterio lo que mueve el corazón, como lo es, tam-

bién, que una piedra o la madera se hagan más que palabras, el problema se detona cuando la irreverencia y el engreimiento pretenden establecer barreras, como sucede al problema del cuento en general, y la tristeza en que concluye el cuento de Jorge Luis, un amanecer con la sombra que siembra la perversidad de la sospecha y de testifica la dureza del corazón que trasiega el tiempo entre carne, madera y sueño .

Vigésimo: El enfado muestra lo que se guarda en el corazón

El valor del hombre es el valor de su corazón. El término “corazón” se refiere a esa realidad íntima del hombre donde se encuentra a sí mismo, pero el camino para conocer el propio corazón tiene poco incentivo –ahora, aún menos–, porque parece que la tarea no merece la dedicación de un tiempo particular, pues resulta superfluo aprender lo que “supuestamente se sabe”; esta falsa razón obnubila el conocimiento propio, como una pared, un obstáculo tardo en disiparse, tan pesado que puede estacarse en una estación definitivamente.

Algunos autores hablan del corazón humano como si se tratara de una casa con un habitante –dentro–, que diariamente guarda los acontecimientos; cada acontecimiento marcado con el estigma del habitante; esta imagen –tema de cuentos y cuentos– tiene sentido cuando las acciones realizadas brotan del corazón ¿Quién habita en el corazón propio? Las acciones exteriores lo demuestran, especialmente las que brotan en los límites del amor o del odio. Al parecer, en este asunto solo se tiene dos opciones: la esclavitud o la libertad, con otras palabras para afinar con el habitante interior: ser uno mismo o dejar a alguien ajeno –enajenación–.

El enfado revuelve el mundo interior, la casa, de quien se

enfada, aquella “cómoda” tranquilidad es forzada a reparar en los cimientos de su descanso, a redescubrir el grado de sensibilidad del propio corazón, capaz de captar su vitalidad, pero, también, de detectar quién marca los acontecimientos del propio corazón, si es uno mismo o está enajenado. *“Después de varios años de aparentar, aquel ‘buen hombre’, se enfureció y salió fuera de sí, exigió sus ‘derechos’, no escatimó en la consideración de sus agravios... al final todo el tinglado, suscitado por el pobre sujeto, se resumía en el afán de dinero; sí, quería dinero. ¿Qué podía esperarse? Todas las fulanas son iguales... me perdí en un llanto amargo, tan amargo como si el hálito de esa conducta fuera la sangre que recorría mis venas... me senté a llorar al imaginar cuando me tocará reclamar el pago de mis afanes, supuestamente, nobles y humanitarios...”* El fragmento continúa, lo cito porque me parece muestra del tema del corazón, al margen de las situaciones de injusticia, que realmente claman al cielo y pueden justificar algunas actitudes, el enfado deja al descubierto lo que guarda el corazón, y el valor del corazón es el valor del propio hombre... ¿Dígame la razón última de su enfado?

Quizá podamos inscribirnos en una escuela para aprender los caminos del corazón, aquella enseñanza “supuestamente” y “sobradamente” conocida, que no merece dedicación de tiempo alguno y, sin embargo, se presenta como una urgente necesidad, con esa añeja urgencia de lo indispensable, cuyo lema se materializó en el oráculo de Delfos: *“Conócete a ti mismo”*, para este conocimiento puede servir el prestarle atención a los enfados y buscar las razones últimas de los mismos, así se puede sacar partido de la falta de carácter (mal llamado carácter fuerte) y se acrisola el corazón, que en definitiva es el único valor.

Vigésimoprimer: De la primera a la última

La novela *"El Túnel"*, sí la memoria no me traiciona, fue la primera obra escrita que se mantuvo en mis manos desde que abrí la primera página hasta que terminé de leer la última; el sentimiento interior, aquel retrogusto de la palabra leída se enardecía al encontrar una puerta al fascinante misterio del hombre, aquel nudo entre amor y egoísmo, de posesión, celos y envidia... la desgraciada caricatura de la existencia de un hombre dentro del escenario en el cual destroza a quien es capaz de conocerlo y amarlo sinceramente, así se destroza él mismo y queda soterrado en las profundidades de una oscuridad desconocida y de por sí aterradora.

El ciego afán de leer y las ansias de escribir podrían ser la frase para cifrarla en un pórtico personal, cómo quisiera conversar de la humanidad, aquella que se conoce con la misma existencia y cuya hermenéutica se encuentra en la literatura, sin la pseudo-cultura academicista y degenerativa que rodea al precioso mundo, por un lado la petulancia y las pretensiones de acorralar lo que es vivo, seguramente, para entronizar monarquías platónicas o aristotélicas; por otro lado, la sensible-ría de la emotividad que se cierra en el propio ombligo y se busca a si mismo en el eterno adolescente. ¿No hay espacio para la humanidad? Mientras exista un hombre habrá humanidad, pero ¿dónde se encuentra el hombre?

La respuesta a las cuestiones precedente se podría encontrar en los llamados "países subdesarrollados", según el enfoque del "primer mundo", pues uno de los recursos, en el cual se esmeran los "artistas" para lograr la sensibilización, en torno al tema de la "humanidad", es presentar la miseria, la pobreza... y lo lacerante de las condiciones "infrahumanas" de aquellos desgraciados no están ni en órbita ni en la perspecti-

va de quienes han aprovechado recursos de la naturaleza, de la ciencia y de la tecnología. El enfoque, para mi sensibilidad es asqueroso, aparte de ser una bufonada del “infeliz” se enmarca dentro de los productos “para ocultar en la miseria extrema del otro las abundantes miserias propias”, como un calmante, no hay que olvidar quienes son los mayores consumidores de drogas, pornografía...

“La vida es tan corta y el oficio de vivir tan difícil, que cuando uno empieza a aprenderlo, ya hay que morirse”, con esta frase concluye magistralmente Ernesto Sábato su intervención en III Congreso de la Lengua Española. La misma frase conclusiva se la puede encontrar en los hombres que han pisado la tierra, de quienes podemos entender que la humanidad es el resultado de un compromiso de donde brota la humanidad, si en el centro de ese compromiso está la belleza, Dios o el hombre, “que es lo mismo, aunque no son los mismos”, pues solo se entiende el misterio del hombre en el Misterio de Dios.

Encontrar al hombre es encontrar a Dios y ese encuentro se realiza lejos de todos los pragmatismos o deseos de apropiación, peor aún del atolondramiento, se ubica en la autenticidad, como dice, por mencionar a un autor, Nikos Kazantzakis: *“Yo di mi sangre, grité en la noche, recorrí la tierra toda llamando a la puerta de Dios, diciendo: ‘Abre, soy un hombre! ¡No soy una hormiga para que me pises! Soy un hombre, igual que en tus deseos y esperanzas. ¡Abre!’ Pero nadie respondió. Y tú, sentado tranquilamente a la orilla del mar, hablando con los marineros y jugando con tu perro, una noche, sin esperarle, diste la bienvenida a este Gran Viajero en el umbral”*. Allí se conoce la dignidad humana, imposible de capturarse en el cuenco de la mano, tan hermosa y tan sensible que las ansias la reducen a formas grotescas y aquello que apenas se atisba, pero que alegra y llena el corazón, se convierte en espina que

mortifica y oprime hasta lo indecible cuando se la destroza. De ello testifican las letras y los hombres, o lo que queda de ellos en los diferentes momentos de la misma historia.

Vigésimosegundo: Aroma de anís... de Navidad

- Un pan.. Por favor, un pan... ¡Muero de hambre!

La corteza tostada, entre el amarillo y el marrón muy oscuro, al salir la escuadra de panes desde la boca del horno de leña... cómo se expande la conjunción del anís y del dulce... ¡Qué insignificantes son mis palabras para describir el celestial instante del pan de anís!

La Navidad se deja notar en cada casa, donde hay un cristiano, por esa sencilla expresión artística del pesebre, iniciada por Francisco Asís, en 1224 en un pueblo italiano llamado Greccio, conmueve –propio del arte– por la magnanimidad y misericordia de Dios que quiere tanto a su hijo –hombre–, que envía a su Hijo –Dios– para redimirlo.

El árbol de Navidad es otra muestra de la esperanza cristiana. Quién podía pensar que la oscuridad del bosque, aquellas tinieblas, no solamente fueran iluminadas sino engalanadas con colores semejantes a las estrellas, porque el nacimiento de Cristo despierta en los corazones, en su libertad, la capacidad de irradiar, encender... revelar la belleza de la alegría, que vence siempre, siempre... de ello hablan las tradiciones del norte y centro de Europa, que encarnaron el Evangelio en su cultura.

Aquel hombre del trineo con sus renos voladores, su barba larga y blanca, vestido de rojo... es también la evocación del sentimiento de generosidad, que solo puede ser sembrado por el encuentro con el Hacedor de la vida. Papá Noel (Santa

Claus) expresa el testimonio del compartir de un hombre, Nicolás, obispo Mira, siglo IV, quien libró a muchos niños de ser vendidos. San Nicolás, Patrón de Rusia, en la figura popular del viejo Noel (como decía mi abuelita) es la pista de nuestro compromiso: del trabajo esforzado y del compartir cotidiano, de lo que somos y tenemos.

- Bien, pero, ¡muero de hambre! Sin pan de anís, parece faltar lo importante, lo esencial.

¡Así es! El aroma del anís es quizá el recuerdo más sabroso de la Navidad porque trae la evocación de quien supo querer tanto (de quienes saben querer, aunque sean pocos quienes conocen el secreto del pan de anís) Mi deseo en estas fechas es precisamente que nadie muera de hambre, que todos tenga un pan de anís, que se lo amasa en la artesa de los días, con la harina de cada instante, mezcla de lágrimas y ardor, que se cocina en el horno circunstancial entre leña morocha y brasa sosegada...

El aroma de la Navidad es el aroma del pan de anís (del cariño, humilde como el grano de anís, pero capaz de transformar las piedras en poemas, la soledad en canto y la pobreza en una señora, que viste de lujo lo que toca...) como la oración y el agua de cedrón y panela.

Vigésimotercero: Elíxir de sabor y nostalgia

Tal vez parezca cómico. No lo considero así, en estos meses que preparo mi regreso a la tierra, puedo contar uno de mis secretos, lo aprendí de uno de esos maestros que se encuentran escondidos, de aquellos que cargan sus años con dignidad, a quienes siempre se debe recordar. Lo llamó un elíxir de sabor y nostalgia, la fórmula es fácil, solo que requiere precisión en los tiempos y en las cantidades; fórmula, tiempo y cantidades las mezclo en este contar de corazón abierto:

Las cinco y media de la tarde, un poco de agua para que hierva a borbotones, aparte en un recipiente de cristal hojas secas de cedrón (aquí les llaman hierba luisa) para que en esa danza amorosa entre el agua y la hierba se consagre el sabor, la fluidez y el calor.

Mientras ocurre la infusión, en la taza de servir se vierten dos cucharaditas de azúcar morena (a falta de panela) y dos de miel de abeja (la pureza es importante), que se conjuga entre movimientos horario y antihorario hasta conseguir una especie de pasta ansiosa de la libertad del agua. No se deje perder por esos anhelos, la pasión siempre es buena, buenísima, cuando se la puede gustar y eso solo se logra con el encuentro oportuno y perfecto que acaece con el tiempo. Cuando el agua anega y contagia de su fluidez sabrosa de cedrón que se escapa en el vaho y despierta a la cansada miel confundida entre los granos morenos, se complementa el elixir con un cuarto de copa de jugo de limón, de aquel limón sutil que deja su leyenda de los pasados azahares en las yemas de los dedos que lo exprimen.

Que alguien me explique: ¿por qué hay que esperar el fin del tiempo para descubrir lo que seremos? No está mal el jardín de las delicias, nada mal... solo que apenas es la pálida imagen de los entremeses de aquel banquete. Al parecer, el requerimiento a instrumentos cabalísticos para “ver más allá de lo evidente” no está en mi horizonte, me conformo con percibir y gustar lo evidente, como en esta taza de agua de cedrón, que sabe a gloria.

Vigésimocuarto: El sabor de la intriga

Supongo que la pasión que lleva a un investigador a descubrir una verdad es precisamente el intuir que existe algo escondido, un secreto que hay que revelar. La emoción de encontrar aquello que se esconde con cautela y sigilo condimen-

ta la aventura. Así, la curiosidad, como si fuera un espíritu infernal se enquistaba en el alma y la inquieta moviendo a buscar lo que se esconde con celoso cuidado. Pero, más demoníaco, me parece, el hecho de confeccionar celosamente un secreto, con esa risible forma del murmullo que se trasmite de oreja en oreja. Admito, que se oculte lo vergonzoso –definiendo la vergüenza como la acción propia ante una acción indigna– pero ocultar el bien, no tiene ningún sentido, al menos que no lo sea. Parece una contradicción, bien cabría asimilar el secreto “honesto”, en caso de que existiera, a una figura poética del magnífico banquete que se oculta a los comensales, pero ¿para qué? Para disfrutar en la soledad todo el banquete o dejarlo que simplemente se consuma en el moho... sí lo escondido no ve la luz, el tiempo lo pudre... incluso, vale señalar, fijar una nueva figura literaria, la de las heridas ocultas que siempre terminan por gangrenarlo todo.

Lo mejor es la claridad, por ello se hacen cada vez más necesarios sistemas que permiten en todas las instituciones –en las que tienen ideales más nobles con mayor razón– operar con claridad, esto es presentar las cosas como son, si se oculta algo es que es malo... o aunque sea bueno es propenso a corromper y corromperse.

Odio los secretos, aunque no puedo ocultar que tienen un sabor especial, que se caracterizan por cautivar con la vibración de la posesión pasional desembocada, por un lado el conocer la verdad, pero ¿para qué? Hay verdades que lo único que se desear saber, cuando se las conoce, es desear no haberlas sabido nunca. Cualquier cosa que huelga a “secreto” tiene urgencia de ser ventilado, de abrir de par en par las ventanas para que el aire sane...

Vigésimoquinto: Ritos sin alma y alma desbocada

El Barrio Rojo es uno de los atractivos turísticos de Ámsterdam, Holanda. Este lupanar ofrece sus servicios, según la Guía Planeta, a una multitud de curiosos que asisten a sus espectáculos, pero advierte que “se tratará, probablemente, del sexo más gélido y antipático que se puede encontrar en esta vida”.

El Barrio Rojo es uno de los tantos mercados donde se convierte cualquier cosa, que pueda ser apetecida, en un bien comercial, susceptible, por tanto, de comprar y vender. En esas relaciones no tienen importancia las personas, no se pregunta nombres ni gustos ni pueblos ni padres... solo incumbe las pingües ganancias que se obtienen por la oferta y la demanda de bienes y servicios.

A usted, tal vez, le sorprenda la referencia a este lugar, por mi parte; por esa razón me explico: pretendo hablar de los “rubicismos”, entendiendo por tales, la necia aplicación de las reglas establecidas convencionalmente, sin los márgenes que permitan el despliegue de lo humano; para ser sincero, la precisión de la rúbrica implica un aporte en cuanto son señales concretas, pero no se puede olvidar que las señales están hechas para los hombres y no al revés; es más, la mera puesta en práctica (material) de la rúbrica no se distingue de la transacción del establecimiento holandés arriba referido.

Por otro lado, tengo que anotar que tampoco es humana la puesta en práctica sin referencia a la rúbrica, pues sería una fatigable pérdida de tiempo, por más que se consiga una intensidad interior sin el objeto preciso, sería como la caricatura cómica de dar golpes en el aire tratando de acertar a tientas a una desubicada olla encantada.

En todas las instituciones se requiere este manejar las rúbricas internas, con la medida que le es propia, porque son inhumanos tanto los ritos sin alma como el alma desbocada.

Vigésimasexta: De infiernos

No es fácil en estos momentos convencer a los demás para que sean religioso, en otros tiempos bastaba evocar el destino de los malos, el famoso infierno con pailas de siete orejas, aceite hirviendo, con una tanda perenne de tormentos corporales, con diablillos encargados de mecer de cuando en cuando el cuenco como si fueran trozos de fritada. Pero ahora, se llegó a la conclusión evidente y clarísima: “para los cuatro días que se vive” y que se tiene con seguridad (pues la otra vida quién sabe) “lo mejor es pasársela bien”.

Aunque no deja de ser llamativa la presencia de pregoneros (agoreros, porque dicen cosas feas) que se desgañitan insistiendo a tiempo y destiempo sobre aquellos temas que han sido poco a poco superados por la evidencia de una realidad frenética e incansable que busca más y más, es obvio que las generaciones cuestionan y denuncian los métodos infantiles.

Por otro lado se echa de menos a quienes propongan que el deseo de “pasarlo bien” no es a costa de sacrificarse al capricho pasajero sino en los ideales nobles, que vale la pena no solo empeñar la vida sino el mismo corazón. Digo: bien merecido será el infierno por no haber amado a quien tengo al lado todos los días.

Bienaventurados los que saben amar porque han encontrado la vida eterna. Perdón por no prepararme para querer, por utilizar a los demás en “mi ideal”. ¡Ay de los solitarios que apresan en sus manos sus corazones y construyen sus tormentos y abren la existencia a demonios terribles y grotescos como los intereses egoístas.

Vigesimaloséptimo: Un brindis compartido

Cada vez y con mayor contundencia hasta el punto de confiar la voz al viento para que murmure en otros lugares y por un poco más de tiempo, porque el viento siempre difunde los secretos. Entre las dificultades encuentro una que atormenta el sueño de estos días, con un ríntintín perverso: ¿Cómo hablar con cabalidad sin hacerme traición o herir a los otros? La respuesta a este arte, que se cultivaba en la diplomacia, me es desconocida. La perseverante presencia de esta cuestión me pierde en los extremos, por un lado la hipocresía y por otro la falta de consideración.

La solución merece un brindis y puede ser un producto que haya que cotizarlo en algún mercado, aunque las cosas que tienen que ver con la humanidad no tienen espacio en esos ambientes. Podría pues formular un brindis de esta manera:

- Nunca te retires, retirarse es perder, peor aún es retirar al interlocutor, porque serás un criminal, aparte de ser un perdedor. La ciencia indispensable para superar el escollo de la sinceridad es la ciencia que afina el corazón y se especifica en enseñar a querer a quien tienes a tu lado, no existe más, no hay pasadizos ni palancas... o aprendes a querer o poco a poco te fijarás en tu rostro las arrugas, sonreirás menos y descubrirás que ya eres demasiado viejo para intentar otra cosa.

Quizá el brindis sea para siempre ignorado, no así el agradecimiento por continuar intentando una y otra vez en esta tarea. No se rinda al desamor, no puede condenar al corazón a la amargura. No se rinda, basta que tenga un impulso para sostener en alto una copa en la mano, quizá así nos sorprenda la resurrección de los muertos, entonces podremos compartir del brindis para siempre y dispondremos de un corazón para hacerlo de verdad...

Vigésimoctavo: Palabras de la justificación de un tiempo

Los meses de ausencia de la tierra apenas me son justificados con la sórdida disculpa de dedicar un tiempo a la lectura y la pretensión de apoyar esa noble idea de crear un espacio intelectual a la ética en las aulas universitarias, pues es conocido el prurito de la especialización académica –al menos como está el patio tengo mis dudas– para hablar en campos que nacieron con el dejo propio de paternidad de Napoleón.

El pinchazo de mi incoherencia no deja de ser lacerante ¿Ahora, más viejo porque tengo más páginas leídas? No lo creo, más viejo quizá por las amarguras, que son lo único que envejece en el corazón. Tengo más años y apenas he descubierto con más viveza la existencia de esos mundos paralelos e incommunicables que se forman alrededor de cada ser humano, porque cada uno tiende a ser un semi-dios con las pretensiones de modelar el mundo a su medida.

Hay veces, cuando descubres una verdad, la paz se arremolina en tu corazón y te lleva a respirar y desearías fumar con tanta calma como quien sabe que es amado y que ese amor no se perderá nunca. Regreso con el mismo pantalón, no tengo ningún aparato de la electrónica contemporánea... lo único que parece haberse agrandando es mis ganas de intentar un camino, que ahora me parece cubierto de los rastros de estos meses, tantos que tengo miedo a perderlos, tal vez a nadie le importe o, mejor decir, tal vez a más de uno le estorben; bueno, gracias por el espacio para escribir, por el arrendamiento de aquella ventana del Imbabura que mira al ocaso del sol, pero que respira los primeros rayos del amanecer. ¿No me preguntan dónde estuvo mi corazón?

Vigésimonoveno: La bifurcación

La bifurcación, hermosa palabra porque viene cargada de misterio, tiene la vitalidad del tiempo, es la vida que se abre en dos posibilidades, como un río que fluye sin freno. La bifurcación tiene el sabor de la audacia de un reto o la desazón de presentir un aciago destino...

Las elecciones son el pan de cada día y la mayoría de veces cada decisión pasa con un son muy bajo apenas perceptible y pensar que cada una de ellas, en cierta manera, configuran la existencia que vendrá después. Escoger entre una opción u otra no es tan baladí como parece, no lo es.

Las bifurcaciones son constantes y la mayoría impredecibles; ciertamente que existen algunas de mayor peso porque se decide en ellas de golpe todo, pero cada una tiene detrás el rezago de las elecciones anteriores de poca importancia.

La bifurcación, una palabra que parece escaparse de las páginas, tal vez algo tenga que cambiar en el instante que adviene porque se descubre algo escondido o se enfrenta con la miseria o se encuentra en demostrar quién mismo es.

Trigésimo: Dictadores que obnubilan

“Las empresas —dice un periódico— empiezan a huir del ejecutivo dictador, se acabó el humillar al empleado, no trabajar nada, gritar, echar la culpa a los demás... ahora los jefes deben respetar al empleado, ser leales, delegar, ilusionar y dar ejemplo”. Me parece que bien vale dejar esas líneas remarcadas en un sitio visible para no olvidarlas.

El plan dictatorial, como en el caso del estratega en el ajedrez, ha inspirado a muchos a sentirse con la aura de un semi-dios, con la capacidad de conducir a los demás al objetivo, que muchas ve-

ces es celosamente conservado como el secreto de una piedra filosofal; en el supuesto caso de manejar un ejército de madera, como es el caso del ajedrez, ciertamente que el que se enfrenta solo ante el peligro es el dictador, pero cambian totalmente las artes de la estrategia y la táctica si se trata por ejemplo de fútbol, porque el ejército ya no es de cabeza de madera, aunque bien lo aparente.

Los años, bien calificados de oscurantismo, tienen la lacra del afán de unos super genios concededores de los principios y los caminos para realizar aquello que se debe hacer; la mayoría de edad, como califican los victoriosos pensadores de la luz, pretende establecer cartas claras donde cada uno actúe de acuerdo a la verdad que encuentra, y reclaman que cada hombre sea capaz de encontrarla.

El proyecto, boicoteado por las fuerzas oscuras, que siempre abundan, termina con la brutal contaminación de convertir en arlequín a quien se debía iluminar y es otra forma lacerante de esclavitud, esta vez no solo de decirle que tiene cabeza de madera sino de hacerle sentir la necesidad de la congénita cabeza dura y dejar su destino en las manos de “quien sabe más”.

La utopías se definen por no tener cabida en la supuesta realidad en la que vivimos, que es así porque queremos que así sea; tanto en las empresas como en el barrio debemos saber que somos los únicos protagonistas y responsables de lo que vendrá, que es el trabajo que realizamos día a día el que veremos en el mañana. Tenemos que rogar encarecidamente que los objetivos sean claros y participativos para empeñarnos a fondo en ellos, al libertad no es una condena y sabernos que lo que hacemos nos hace y de ese hacernos cada uno es responsable. Los super héroes no existen.

La oscuridad es una tarea que debemos encarar. Huya, no se arrepentirá, de cualquier cosa turbia, siempre acaba mal; solo es cuestión de tiempo, aunque supuestamente prosperen por momentos.

Trigésimoprimer: Un puñado de ruda

La ruda, me refiero al arbusto no a la persona de modales torpes, de tallos erguidos y ramosos, con sus hojas partidas como pesuñas verdes, de flores amarillas, como estrellas al amanecer, y de semillas negras anidadas en cápsulas; esa planta de olor fuerte, que da una sensación desagradable, tiene escrita en muchas culturas la fama de ser un escudo en contra de la hechicería, como lo es el ajo para los vampiros.

No encuentro razón o estudio que justifique la fama de la ruda, ni del ajo, porque no conozco a vampiros a la manera de Christopher Lee; si entiendo, por la experiencia de la existencia de “gentes” que viven de otros, que sacrifican los sueños que es peor que exprimir la sangre de un cuerpo. Aunque debería coincidir con un trabajo de campo que leí hace tiempo, donde se testificaba la práctica de los “shamanes” de conocer la enfermedad por medio del frotar un cuy por el cuerpo y descubrir, por vibración de semejanza, el mal que atormenta al paciente.

La raíz (etiología) de la enfermedad reposa, según una interpretación del diagnóstico shamánico, en el malquerer de alguien que no le gusta el bien del otro (en la envidia); seguramente, la esencia de la cuestión se encuentra en el campo, poco estudiado, de la influencia psíquica interpersonal; pero, mientras se descubre por medio de las investigaciones científicas, se puede seguir utilizando para evitar ese mal, la ruda que es, como se diría una protección que impide la afección de la envidia; aunque, por el olor que desprende la ruda, no convence llevar un puñado de la planta en el bolsillo!

Trigésimosegundo: El aroma del oro

La nariz percibe las esencias y al parecer es el organismo

que más se aproxima a la realidad metafísica de las cosas, porque la nariz no solo permite captar los olores que desprenden los cuerpos sino, de alguna manera, aquello que se recoge en lo escondido de los hombre y que la mayoría llama corazón. Tal vez se pueda precisar, ante la falta de metodología de investigación, que la segunda referencia a la nariz es más bien de carácter metafórica, no obstante cabe anotar la existencia de esa espontánea cualidad para captar la interioridad de otro y las intenciones (o las malas intenciones) que le mueven.

Uno de los olores más notorios, frecuentes y desagradables, es el que desprende la codicia, se lo puede percibir a metros cuando está en estado avanzado pero en sus inicios es casi imperceptible, mejor dicho tiene un sentido positivo como todo lo humano, pero no me refiero en donde se enraíza la codicia sino de ese algo que se asienta permanentemente en lo más íntimo del hombre que le hace codicioso y se desarrolla especialmente para aprovecharse de los demás sin ningún tipo de consideración.

La codicia desprende un olor, el olor de la fiebre del oro, y la nariz, o al menos algo parecido a este sentido, permite captarlo, pero en este punto cabe colgar una advertencia, pues si por un lado hay que ser precavidos con el olor de la codicia, que podemos llevar encima, también hay que aprender cómo percibir correctamente con aquello que hemos presentado como si fuera una nariz.

Trigésimotercero: Un cadalso que acecha

La acción de morir no depende del sujeto, pues es desconocido el cómo se puede aplicar con éxito la voluntad para no morir. La realidad de la muerte, tan unida a la de la existencia y al tiempo es un plato cotidiano, quizá con menos dramatis-

mo que en los momentos notorios como la ausencia definitiva, mas la muerte está presente, de alguna manera, en el dormir o en la acción de la anestesia... también se puede encontrar vestigios en los múltiples hechos de dejar de ser de una manera y adquirir otra manera diferente.

La muerte, la cesación o término de la vida, también es dejar de ser de una manera. Se podría esgrimir para referir a la experiencia de la muerte, el paso psicológico de las etapas humanas especialmente en el de la adolescencia a la madurez. En el fondo de este paso psicológico se encuentra y se especifica por asumir las responsabilidades que le son atribuidas al joven en la sociedad y la efectividad del cambio se registra cuando el joven realmente asume las responsabilidades.

Un cadalso se construye en el tiempo de cada hombre con las diferentes elecciones, porque con cada elección el hombre toma una forma diferente, de tal manera que asemejan a una serie continua de muertes que configuran un ser que constantemente busca una nueva forma.

Trigésimocuarto: En el camino

Tal vez en alguna parte del mundo deba separarse una biblioteca para dedicarla a guardar todos los libros que lleven en sus títulos la palabra "camino" o que traten de historias del "camino". Porque bajo el término camino se puede entender toda la historia y todas las historias de cada hombre y de cada uno de los pueblos, de cada actividad emprendida y de cada aventura realizada.

La carretera por sí sola cuenta historias con un lenguaje sonoro aunque secreto como son las confesiones del tiempo; mas ahora existen algunas señales en la calzada y en las cunetas que hacen al mensaje explícito, me refiero a los corazones

de color azul que gritan el final del recorrido de algunos conductores ¿Quiénes fueron? ¿Quiénes lloraron las tragedias? Son historias que están allí y que quizá nunca se escribirán de otra forma que en aquellos corazones. También se encuentra, entre las distintas señales de carretera, un conejo (el de energizer) que anuncia pilas y alerta del paisaje pintoresco, de las curvas peligrosas, de los “chapitas acostados”... de lo que tiene el camino.

El camino, la carretera o cualquiera de los senderos es la imagen viva de misma vida de tal manera que una casa dedicada a guardar los libros con títulos relacionados al camino sería el monumento insigne a la vida, a esa vida que deambula y transita por el tiempo en cada rostro que sonrío o llora, que inicia o termina su andadura.

Trigésimoquinto: Las traslúcidas memorias

Reducidos a escombros los pilares de cualquier habitación es cuestión es poco rato para que se venga abajo, pero los pilares solo se pueden minar desde dentro, es como la labor que realizan los virus, las bacterias o las polillas; para que puedan actuar estos bichos hay que dejarlos entrar y debilitarse de tal manera que ellos acierten con sus nocivos artilugios.

Los pilares de una sociedad son las que la sustentan y la configuran. En algunas sociedades, esos pilares se encuentran en un código que limite las ambiciones egoístas y promocióne los intereses de todos, pero esas mismas sociedades al final resultan que son la suma de injusticias execrables (como la esclavitud de los incuestionables griegos y romanos o las explotación imperialista de los pobres), por esa razón los pilares no se pueden encontrar en los códigos, se encuentran en el alma de los miembros de la sociedad.

Unos pilares que subyacen en lo inmaterial del ser humanos son vitales, pero por estar en esa parte son muy frágiles; un ligero análisis de las sociedades que existen o han existido puede proporcionar que no existe estructuras invulnerables a los intereses egoístas de mala conciencia de los hombres, sino más bien que las sociedades fuertes tienen como pilares a hombres con la buena conciencia de pensar que su vida está unida a los demás hombres, que son tan dignos con él.

Trigésimosexto: Una máscara

El dominio de las cantidades requiere utilizar las operaciones básicas, esta sistematización supone uno de los avances científicos más importantes, desgraciadamente oscurecida y sin la consideración que merece, tan es que los administradores quiebran sus empresas por olvidarla o sea que relegan saber sumar, restar, multiplicar y dividir.

Así como se olvida lo obvio en los cálculos, también el paso de los años se mantiene con el tabú de relegar la muerte a la no existencia, quizá para no saberse responsable de un tiempo, que es un regalo y como todo obsequio limitado y condicionado. Absurdas, bobas, insulsas o vacías son las frases que se escuchan al finalizar la contabilidad de los días del ciclo solar, que llamamos año (sabiduría debida en su esencia a los sumerios, ubicados en su magnífica ciudad de Ur en el año 2250 a.C.).

Pasa esto que llamamos días, horas, minutos, segundos y con ello se reaproxima el fin de nuestra sonrisa, no es necesario enmascarar unos propósitos a los últimos segundos de un año; el regalo que es la vida es una grave responsabilidad, cuyo candado es su final, la muerte, y es que solo quien se siente mortal puede apasionarse con la vida y valorarla de tal manera que cada instante se cargue de sentido.

Los cálculos son piedras que se empleaban para sumar o restar, así se comprendían las cantidades; la cantidad de años no son piedras, son el motivo de saberse más humano y por lo tanto más felices, porque se agradece la oportunidad del regalo de la vida, que no es una broma.

Trigésimoseptimo: Cantamañanas

El señor de las gallinas tiene un altillo donde canta anunciando el día y seguramente por ese hecho consigue cierto agrado de las ponedoras. Las sociedades antiguas encontraban en el gallo la cumplida e irremplazable función del pregonero de la mañana, aunque con las inexactitudes de los distintos modelos, porque al parecer cada gallo tiene su hora como si cada uno respondiera a intereses de meridianos particulares.

Entre la variedad de realidades que se puede aplicar metafóricamente la figura del gallo están los importantes de un pueblo; los que por decir de alguna manera, son los mandamases, ya sea por su prestigio económico, la violencia u otro motivo, también por la esbeltura y el plante del gallo, especialmente el de pelea, se aplica a los guapos; cabe abrir un espacio para quienes pregonan alguna noticia, tan importante como el amanecer o tan trivial como una broma, porque verdadero cantamañanas solo canta y embeleza los oídos de quien quiere escucharlo en su gallinero.

Las cosas importantes no vienen del cantamañanas, que es un sinónimo para quienes saben acomodar la verdad según su conveniencia, sin respecto a la objetividad o al valor de la palabra, no sé porqué la figura metafórica, no el gallo —especialmente en caldo (donde se cambia a gallina)— me es abyecta, quizá por esa confesión de aquel antihéroe decimonónico de una de la películas que protagoniza Mel Gibson, ese personaje

dice con ese runrún amanerado propio de la cultura francesa rococó: “Yo soy un gallo que subo a lo alto del gallinero del amor para cacarear”. Dicho de esa manera el oportunismo gallináceo se encuentra presente en la sangre de no pocos personajes, que se dejan ver por el pavoneo y el canto mañanero.

Trigésimoctavo: Las cosas de fantasmas

Otra vez encontré un cajón lleno de aquellas cosas que podían servir en un determinado momento y por ese motivo se encierran en una bodega; casi el mismo trámite que ocurre en el armario donde queda la ropa que no se usa pero que podría usarse... así se arma el personal palacio de *Xanadú* (*Citizen Kane*, 1941).

Dicen que los cuervos coleccionan en sus nidos objetos brillantes, por esa razón será que en varios filmes suelen estos pájaros codiciar los ojos de los hombres (*La Pasión de Cristo*, 2003; *La Profecía II*, 1994), aunque la figura no es del todo acomodada a la idea que deseo transmitir, sirve para imaginar la serie de nidos que los hombres vamos confeccionando y en esos tacines las colecciones personales de cosas que pueden servir, que brillan, para un determinado momento, momento que quizás nunca llegue.

Los fantasmas, según ciertas teorías, son seres que se quedan amarrados a los deseos de sus corazones, a sus amores, por esa razón quienes mucho aman lo brillante, aquello que jamás se llevarán, vagan en penas por alcanzar su propósito, pero nunca lo harán, ese es su castigo.

Me pregunto ¿cómo se encuentra mi armario? Lleno de tanta banalidad y de cosas que no necesito, ni necesitaré, que necesité en un tiempo pasado pero que ahora son un recuerdo, es como los baúles de los piratas fantasmas que deambulan con el afán de custodiar su tesoro: unas miserias brillantes como las de los cuervos.

Trigésimonoveno: Sobre la lujuria y el amor

- Preocúpate cuando no puedas distinguir entre el amor y la lujuria o confundas el amor con la lujuria.

El problema que está detrás de este consejo es la forma de comprender al ser humano como un compuesto de cuerpo y espíritu, como si fuera una unidad accidental, de allí el menosprecio al cuerpo o la exaltación exagerada de los instintos del mismo.

El error de la propuesta se encuentra en la falsa idea antropológica de unidad accidental del ser humano (alma y cuerpo). El hombre de forma abstracta no existe. “El hombre” es una idea, es una forma de pensar; el existente humano es varón o es mujer con un nombre concreto (Juan, Nicolás... Martha, Estefanía...), ese hombre es el único que existe.

La importancia del cuerpo se debe a que es la persona, por tanto el amor y la lujuria afectan y comprometen a toda la persona, porque afectan y comprometen a la corporalidad. La idea exacta de lo que significa amor y lujuria permite descifrar qué es la esclavitud y para qué sirve la libertad. El amor es la preocupación por adquirir el bien en sí mismo y en armonía con todos los demás bienes, mientras que la lujuria es la búsqueda de un bien aislado, un bien desquiciado con preeminencia sobre todos los demás, es decir, la lujuria es el trastorno de un bien que se busca al margen del resto de bienes.

- Preocúpate por lo que amas, porque solo cuando lo hagas de verdad serás libre. El amor involucra todo, la lujuria busca una sola cosa sin ninguna consideración de lo demás.

Cuadragésimo: Un miedo a un recuerdo

Después de varios años de aparentar, aquel 'buen hombre', se enfureció y salió fuera de sí, exigió sus 'derechos', no escatimó en la consideración de sus agravios... al final todo el tinglado, suscitado por el pobre sujeto, se resumía en el afán de dinero. Sí, quería dinero.

- "¿Qué podía esperarse? Todas las putas son iguales..."

Ante semejante declaración, me perdí en un llanto amargo, tan amargo como si el hálito de esa conducta fuera la sangre que recorría mis venas... me senté a llorar por esa amargura y por imaginar reclamar el pago de mis afanes, supuestamente, nobles y humanitarios... Me mortificaba la idea del grano, o los granos de sal, que cayeron entre el teclado del computador, me imagino que mantienen su forma cuando existe frío, pero si se derriten con un poco de calor, podrían dañar la máquina, el sentimiento de angustia y preocupación aumenta con el súbito recuerdo de la secundaria, de aquel experimento de convertir el agua en conductor de electricidad con una cantidad de sal... parece que perdí el computador...

Más miedo que al olvido,
Es que se me recuerde como de ser indigno,
Es esa figuran que se escurre y vela tras el espejo,
Aquella que no presiona ni apura al tiempo.

Cuadragésimoprimer: La nula influencia de la literatura

La literatura, la buena literatura, tiene esa magia de convertir lo ordinario en extraordinario, precisamente esa es la fuer-

za de la palabra de quien escribe, de quien sabe escribir y cierto es que esa tarea no es trabajo fácil; me pregunto cuando se va a publicar algo ¿si merece la pena que se edite o si el mejor lugar de aquellos papeles es que participen juntamente con la estopa de las llamas de una hoguera?

La literatura es para hablar de algo importante, pero se parte de escribir para uno mismo sin más obstáculos que los que cautivan a las yemas de los dedos; lo fascinante es pensar que en ese trabajo las fuerzas cósmicas se quedan en crispación y con ansias de que el ángel que lleva dentro un corazón humano eduzca a la existencia, una forma nueva antes desconocida, la literatura es de tal magnitud que puede cambiar las existencias personales y también el entorno.

Los ambientes de los barrios, de nuestros barrios, no tienen el sabor de la historia de un libro; las páginas encuadernadas, que presentamos, tal vez nunca serán objeto de atención de la gente del barrio, porque son historias exigentes, que reclaman tanta atención que cansan, entonces se encuentra que no se ha escrito nada de literatura todavía.

Una muestra de la tramoya entre la presencia de literatura y el simple empeño de publicar es precisamente la poca o nula influencia de los libros en las sociedades, pues ¿qué libros se podrían señalar como influyentes en los barrios? Si los hay serán contados. Yo, dudo de su existencia.

Cuadragésimosegundo: Embalsamado que parece vivo

Las sociedades anquilosadas y acostumbradas a lo que fuere (malo o bueno entre nosotros no suele ser tan bueno por el factor contingente del tiempo) desarrollan defensas ante quien trata de removerlas, de actualizarlas, y no dudan en segregar a

quienes consideran un atentado a sus principios.

No existen escuelas eficientes para quienes se interesan por la noble tarea de poner los puntos sobre las íes o el cascabel al gato o, para mejor entender, actualizar. Como tampoco existen las escuelas que enseñen a las sociedades que cada tiempo tiene su movida, que las sociedades no pueden quedar anquilosadas porque significaría que están muertas, como se nota en algunas partes por el olor que se expande.

Ciertamente, existen muchos cadáveres perfectamente embalsamados que hasta parecen vivos, pero el aire que irradia la tierra después de la lluvia no aparece cuando se abre una lata de conservas. Con gusto recitaría un réquiem cuando encuentro un cadáver, y lo hago, solo que el llanto es más amargo cuando la falta de percepción del fallecimiento hace más contundente el deceso. Esos cadáveres intentan enredar y tragar a los vivos, muchos lo consiguen, algunos se conforman con el parlotear y pocos, de cuando en cuando, escriben como endemoniados porque no pueden escapar fácilmente de las satánicas inquisiciones de los custodios de lo agónico y vetusto.

Cuadragésimotercero: Una risa sin motivo

La risa adviene de lo absurdo de las situaciones, por este motivo se puede afirmar que los chistes se basan en la alteración de un orden, así se fundamenta lo gracioso en el disparate dentro de lo lógico o, mejor dicho, en lo ilógico. En el plan de lo absurdo y lo chistoso recuerdo aquel comentario del fundador del Teatro de Drama Plástico, Giedrius Mackevicius, sobre lo absurdo de ciertas situaciones cotidianas:

“Un día empecé a reírme sin motivo aparente: en voz alta, a carcajadas, asustando a mis amigos, casi llegando a la historia. Es que pronto me di perfecta cuenta de lo absurdo que es

el mundo de las cosas que nos rodean. El refrigerador, esa caja de hierro que guarda plantas muertas y pedazos de animales muertos; el televisor, esa caja provista de una pantalla en la que mantenemos la vista fija durante toda la tarde; el sillón, muy cómodo para que repose nuestro cuerpo, pero ¡diablos, a ese cuerpo le queda muy poco de vida!..

“Estuve largo rato riéndome y cuando me detuve, comprendí que había sucedido lo más terrible: ya no podía divertirme sinceramente”.

Para el dramaturgo la situación termina con el hastío, ese aburrimiento extremo que lleva a soportar algo o alguien que no interesa, en un vacío que es preciso llenar, de allí que el arte ocupe un lugar de preeminencia en la existencia humana, porque el arte tiene la capacidad de presentar lo profundamente humano en contra de lo absurdo al que suele someter la rutina de lo convencional.

Cuadragésimocuarto: El imperio de la mentira

Una de las experiencias que tardamos en comprender es la existencia del cero o de las cantidades negativas, parece una locura que no haya algo o, lo que es peor, exista una deuda que se tragará lo que todavía no hay. Igual y con mayor intensidad en la afectación interior humana es la experiencia de la mentira. La mentira o sus equivalentes: el fingimiento, la simulación o la apariencia, sin desmerecer los matices propios, son alteraciones de un aspecto perceptible de tal manera que trasmuta la realidad en una cosa diferente.

En lo que llevo de la vida, una de las cosas claras que entiendo es que se hace necesario aprender, lo que se llama, leer entre líneas, de tal manera que el uso sencillo y digno de la palabra queda sometido en un ambiente de laberintos y pillería,

que se hace necesario interpretar. Si se hace un análisis de aquellas intervenciones, en los discursos políticos o sus equivalentes, se podrán encontrar un embrollo y en el centro por aquello que “baila el mono”. Entonces encontramos los pequeños y miserables mundos que mueven a los hablantes.

Jean Jaques Rouseau, dicen, que era capaz de conmoveerse con la consideración de su propia bondad, a este personaje debemos el despojamiento del derecho de los padres a educar a los hijos, y pensar que aplaudimos con algunos discursos, igual que agradecemos un instante que se nos llene la cabeza con apariencias, cerrando los ojos porque no sabemos leer entre líneas o diferenciar aquello que son mentiras o simplemente, hay que aceptarlo. En verdad es difícil comprender la existencia del cero o de las cantidades negativas.

Cuadragésimoquinto: El rebuznar o el extravío en el ciberespacio

Una cuña radial introducía un rebuzno para indicar la condición de quien no sabe navegar en el internet; ciertamente, la sensación de tener unas orejas largas no está ausente de la cotidianeidad especialmente acusada por la novatada, el despiste o simplemente el desprevenimiento.

A propósito, no sé porqué se acusa al burro de la torpeza, hiriente resulta esa consideración para quienes guardamos un aprecio especial para el animalito, que es leal –muy leal–, un poco terco, eso sí –bastante terco, para hablar con exactitud– pero que es una monada como mascota. En mi memoria se encuentra el estimado Alfredo Pareja Diezcanseco, que no era el eminente historiador y literato que honra las páginas de la intelectualidad ecuatoriana sino un regalo que había en la pequeña quinta de los abuelos, un animalito como lo describe

Juan Ramón Jiménez.

La vieja España guarda ahora en algunos zoológicos a la criatura que se describe en *Platero y yo*, descansa porque ahora es inútil para los trabajos que antes realizaba, mas se queda sin ninguna referencia la acusación de ser tontos como un burro, porque no se sabe el coeficiente de un borrico, sino se lo conoce; bueno, para el caso, el pobre animal mantiene la mala fama de tarugo y sin tener detractores; quienes conocimos al borrico certificamos que en él se cumple eso de “cría fama y échate a dormir”, el animalito es una excelente mascota y aunque se necesite bastante espacio para cuidarlo no defrauda, mientras que algún diseñador de páginas web o ingeniero informático sí, incluso alguno estará perdido en la red como camarón en paila de fritada.

Tal vez podamos añadir más numerales, pero para qué... si quiere leer algo interesante puede escoger un buen libro y, en mi opinión, tal vez mi selección no les agrade... Hay tantos buenos libros que, después de unos años de castigarlos con capas y capas de polvo, se los vende al peso para que alguien los recicle... ese es el destino de la mayoría; mas, para algunos, está reservada la historia que cuenta Ernesto:

- Después de un problema grave en mi vida, decidí partir a los Estados Unidos y no sé cómo compré un libro despastado y casi desparramado en sus páginas; pagué cincuenta centavos por una obra de Víctor A. Jaramillo, un libro que me inspiró y después de catorce años de trabajar y ahorrar quiero continuar el afán de ese señor, a quien no conocí.

